

RUY DIAZ PARTE A LA GUERRA



L día siguiente...

El día siguiente es un día que suspende el aliento de la creación. Un día que pone la pluma épica.

España se despierta, se despereza. Y va a lanzarse de lleno al remolino alucinante de mil batallas hasta recobrar su integridad.

Suenan clarines de epopeya y redoblan tambores en este punto de la historia, con un ruido tan ensordecedor que todo lo demás se apaga en torno.

Hoy es el gran día. Un minuto de silencio en honor de este día. Un minuto de silencio y diez siglos de admiración.

¡Alto ahí, los planetas! Y que el sol no salga todavía, que tengo que terminar este capítulo con luz de alba.

España se despierta a la voz de Rodrigo. Viene a él con los brazos abiertos, y Ruy Díaz, que perdió una novia, se deja caer en sus brazos, la estrecha contra su corazón desesperado, siente la tibieza blanda, redonda, opulenta de sus senos, y cae vencido. ¡Ah! Si tú me haces olvidar a la otra.

V. HUIDOBRO

Desde ese día, los dos del brazo, los ojos en los ojos, la mano en la mano, Rodrigo y España se lanzan por el mundo a hacer fechorías y despampanar crónica y leyenda. Siempre juntos de campo en campo, de día en día, de frase en frase, de verso en verso.

Los dos amantes ya no pertenecen a la tierra. Entran en lo inverosímil, se embarcan en el sueño, flotan sobre lo maravilloso, vuelan entre capas de sublime, pasan más allá del milagro.

Rodrigo ama a España y España ama a Rodrigo. El uno se funde en el otro. Como todo enamorado, él quiere levantar a su amada sobre todas las cosas. Crear a su amada, inventar a su amada, formarle el alma y hacerla esplendorosa.

Y así como se dice Paolo y Francesca, Abelardo y Eloísa, Romeo y Julieta, así debe decirse Rodrigo y España.

Apenas amanece. Se abren de par en par las puertas de la aurora y por ella van saliendo de dos en dos, con Rodrigo a la cabeza, los guerreros de Vivar.

Trescientas lanzas forman su hueste.

Pica el viento. Un color violeta electriza todo el cielo. El campo se llena de barbas y de colas de caballo.

Rodrigo se para un momento. Deja que la Historia lo retrate, allí, frente a sus hombres, en el día en que va a dar comienzo a sus hazañas. Un kodak. Un momento. La aurora detrás le hace aureola y pabellón. Su potro Babiaca piafa, relincha, huele el mundo, lame el alba. Un momento. ¡Ya, listo!

Pican las espuelas y a galope tendido, todos detrás de Rodrigo, entran en el Romancero.